

*rados sus cuerpos de agudas armas. Ejércitos de choyales ariscos que no distinguen adversario cuando sus proyectiles se lanzan a herir al intruso. Campamento de sibiris de brazos que circundan la carne, sacuden goterío rojo al hundir sus clavos afilados. Biznagas terciadas de puñales, tal las soldaderas embarazadas que se tienden a parir de paso. Nideros de nopaleras bravas, mostrando palmas abiertas. ¡Sahuarales! Vigías que guardan con espadas en acecho; tiemo el corazón para el amigo, filósofo de elevados pensamientos. ¡Qué valientes son los cactos! Sólo con las armas que les confió la naturaleza cercan al enemigo para vedar su avance, lo constriñen en sus límites con la voluntad suicida del que se juega todo en un trance, contra el poder inmenso del desierto que tiene de comandante al sol y como capitanes a los aires.*

*¡Desiertooo! Marcharemos sobre tu vientre estéril, verdugo de los verdores del campo. Escamados de espinas iremos disfrazados de cactos; igual que ellos guardaremos el agua en las entrañas para burlar la voracidad de tus ansias, hollaremos tus arenas indiferentes al dolor de los pies que se ampollan y sangran en tu suelo alfombrado de minúsculas brasas, ajenos a tu aliento flamoso que tuesta el alma y evapora los ojos oscureciendo las miradas. Sobre tus dunas se fincará nuestra caminata, dejando atrás un cementerio de dromedarios exhaustos y moles yacientes de elefantes decapitados. Llegaremos a tu centro, maldito desierto, ungidos por el espíritu de los antiguos dioses de nuestra raza y allí, con rabia, clavaremos en tu corazón incommovible la bandera desgarrada de los espaldas mojadas. ¿Quién eres tú, desierto que has robado la prestancia de los mares fingiendo la majestad de sus movimientos? ¿Quién eres tú, monstruo de parajes ultraterrenos, perdido en los caos de los primeros tiempos? Desierto de Altar... ¿Eres acaso la tierra prometida a los apátridas hambrientos? ¡Ah!, ya sé quién eres: eres la tumba inmensa de los proscritos y el imperio de los indios. ¡Desierto de Yuma, onomatopeya de los infiernos! Yuma, Yuma, yema, llanto, llano, Yuma, llama, llamada, ya nooo... aaaay...*

Lencho García y del Valle, padre de Chalito, el pobrecillo muerto, no se expresaba como el común de la gente, él no hablaba como la plebe, como habla esa genticilla raspa, bajuna. Lencho se había

formado un lenguaje a base de frases presuntuosas ya hechas, no eran sus clichés extractos de la gran literatura, sino frases repetidas por generaciones de políticos y de periodistas lambiscones, ciegos de imaginación. En el fondo de su miseria cenegosa y de sus vicios habitaba el burguesillo y un politicastro rastrero. Los recursos de su retórica los usaba Lencho para emborracharse de cola, pues le gustaba más el licor que el alimento. Lencho no trabajaba, por juzgar los trabajos manuales indignos de su talento... trabajos viles, decía, o con sorna aseguraba: "Solamente los ignorantes trabajan duro". Convirtió a su mujer Beatriz en coneja y a cada año escaso la ponía a parir. Ya contaba con diez escuincles, el mayor de nueve años. Le habían salido dos pares de cuates. Carcajeándose en sus borracheras decía que él tiraba con escopeta.

Lencho García y del Valle era alto, flaco, tenía su complexión cierta familiaridad con el canguro, aunque en la cara, más por los orejones triangulares, se retrataba el vampiro. A pesar de su ropa podrida se empeñaba en usar corbata, tenía dos: la azulita y la rayada. En las borracheras hacía constantemente las cosas más disparatadas, el coímo de las simplezas, al grado de darse vuelo bailando solo sin importarle que la máquina tostonera tocara mambo o zapateado.

La familia García y del Valle subsistía gracias a los afanes de la mujer que lavaba ropa y hacía tortillas para la venta. De los diez chamacos, cuatro eran mujercitas; del resto, dos chamacos daban bola en las calles y a últimas fechas tres se dedicaban a lavar carros, el más chiquito todavía mamaba. De las niñas, dos eran tan pequeñitas que sólo las otras ayudaban un poco a la mujer. Las pobres niñas ya hacían deberes de madres cuidando a sus hermanitos y en los descansos jugaban con devoción a las muñecas enfermas. Los chillidos del buquerío y los gritos de la madre daban la idea de que la casa iba a volar por los aires en una explosión de ranas. Beatriz, la mujer del político, se pasaba la vida hipersensible, siempre ventrada a los ojos de la vecindad, los intervalos de las pariciones los pasaba en cama llevando la dieta, aletargada por la desnutrición y el trance sufrido.

Lencho García y del Valle ya había agotado todas las mañas para quitarles el dinero a los más grandecitos. Los que daban bola se

paseaban a lo largo de la calle llevando su cajoncito a cuestas a lustre y lustre zapatos, ya tarde sus cuerpecillos volvían doblados como si hubieran cargado no un cajón de bolero sino uno de difunto.

Una tarde, estaba la mamá haciendo tortillas sobre una hornilla que mascullaba amenazas con el vuelo atado de las llamas que salían del tablerío semipodrido, madera que acarreaban los buquis del basurero; a cada vez que levantaba una tortilla ya cocinada, un racimo de manos se abalanzaba contra ella con gritería de pajaritos hambrientos. La mujer daba alaridos agudísimos: "¡Quitense!, ¡me van a volver loca!" Repartía coscorriones y cachetadas, pero al cabo el disco de masa era tironcado y devorado en un relámpago. Chalito dormía en un rincón, roncando tan fuerte como un sexagenario exhausto. Una de las veces Amadito le arrebató la tortilla a Juan Pedro, "el viejunote abusón"; éste corrió a quitársela, tropezó con una de las niñas y cayó cerca del fuego chamuscándose el greñero, la madre se lanzó chillando a favorecerlo. Siguió su quehacer; a tiempo que aplaudía las tortillas se limpiaba las lágrimas con el brazo, sollozando. Cuando echaba una tortilla sobre el comal, aprovechaba un segundo para apartarse el cabello de la cara y sonarse ruidosamente las narices. Se acabó la masa, pero el hambre de los rapaces parecía haber crecido. De las últimas tres tortillas dos guardó para don Lencho García del Valle y la que le tocaba a ella la compartió con las dos niñas, que de tan desnutridas que estaban se les transparentaba el alma. Como por arte de brujería calmaron la guazanga y el correteo. Como en el juego de los encantados, tan callados quedaron como verdaderas estatuas; el sueño les fue venciendo uno a uno, acariciados por la mirada maternal y de cuando en cuando el ruido que hacía la mujer con el moqueo. En ésas estaban cuando entró a tranco largo el hombre del hogar, traía en la mano izquierda un periódico, se notaba eufórico, por la bocaza semiabierta le salían humores de muchas tabernas. Desde sus pies se alzaba la fetidez cacheteando olfatos. Haciendo del jacal un teatro, improvisó un escenario, abrió los brazos recitando: "¡Han destapado al tapado! ¡Prosperidad y justicia social! ¡Tierra y Libertad! Amnistía para los presos políticos. Barbacoa. ¡Curules! ¡Curules! Alístate mujer, casa nueva, auto. ¡Pueblo!, yo..." Cayó el hombre, desplomado como cos-

tal de papas; sobre la miseria de su hogar se cernió el desvarío de su borrachera.

De noche, ya dormidos, los niños daban voces rogonas. "Le chaineo sus zapatos, patrón, se los limpio por tostón, ándele patroncito, le daré bola, ¿sí? Bola jefe... bola, bola... no sea malo, ¿sí?" A la mamá entregaban todas sus ganancias rehuyendo al padre, éste andaba rondando a los otros que comenzaban a centavear. Lencho no sólo no contribuía al mantenimiento de su familia, peor todavía, los gravaba robándoles lo que fuera para nutrir sus vicios. Esa tarde llegó Lencho a su casa: dos cuartitos pequeños con piso de tierra y una criba por techo. No barrió con la mirada, frunciendo el ceño, a los tres chicuelos, tampoco les gritó iracundo como hacía siempre; con los brazos abiertos y una sonrisa amplísima se les acercó. Su bocaza de labios muy delgados era una raya horizontal muy alargada.

- Vástagos de mi linaje, contribuyentes sois ya del engrandecimiento de la patria común, con vuestro esfuerzo fecundo y creador.

Los niños se miraron extrañados, sonriendo con inocencia; la mujer dejó de restregar el lavadero, se quitó las mechas de la cara enseñando una mueca de disgusto, sabiendo por donde iba el futuro presidente. La mujer tuvo que correr a socorrer al chiquito que se desgañitaba chillando de hambre, tiempo que aprovechó Lencho para timar a sus cinco hijos con el pretexto de que le dieran un "óvulo" para hacerle una fiesta de cumpleaños al Serrucho, Serrucho apodaban a Amadito de cuatro años porque tenía los dientes aislados y triangulares. El niño secó pronto la chichi de la mujer y siguió ululando, ésta alcanzó a ver a Lencho poniéndose la corbata azulita con un gesto de triunfo.

- No, Lencho, no por el amor de Dios, esos diez dólares son para comprar lápices y cuadernos, para cuando empiece la escuela.

- Mujer, ya lo dije, el gran porvenir de la patria: no sólo de pan vive la ciudadanía, voy pues a traer un cargamento de gallina norteamericana para celebrar en común a nuestro retoño, mal conocido por el apodo del Serruchillo, con un ambigú. No olvides, mujer, en el petróleo ni un paso atrás.

La mujer soltó a chillar de rabia y de sentimiento mientras que los niños coreaban: gallina, gallina, gallina. Se marchó Lencho caminan-

do con un gesto de suficiencia, no miraba el suelo y llevaba la comisura de los labios plegados como caballo que ha sido jaloneado de las riendas.

Lencho se internó entre el bullicio y los colores de la ciudad, era día en que dominaban las risas alegres y resaltaban los tonos chillantes, hasta el morado brillaba contento a pesar de ser el color de los estrangulados y picados de víbora. Esto porque el sol, todo vigor y fuego, se untaba a los huesos, tibio y cariñoso, alumbrando las cosas en un carnaval de destellos.

Una vieja de ojos asimétricos que portaba en una mano un teléfono de juguete destinado a su nieto poliomielítico, se paró a media acera mirando al sol; el tráfico se partió en delta de rezongones. Entre muy pocos que oyeron lo que dijo la vieja se contó Don Lencho del Valle. "¡Qué chulo sol! Ni se parece al sol tísico que tuvimos en días pasados, que nomás se la llevó a puro escupe y escupe nubes heladas." Lencho obsequió a la vieja con un botón de sus simplezas.

— Tenga piedad civil, señora, haga patria y circule. La vieja sólo vio de espaldas a un hombre sancarrón que vestía pantalones muy cortos y se quedó pensando, qué me querría decir ese brincacharcos.

Caminaba Lencho atisbando el encuentro de personas de apariencia importante. Les hacía una leve reverencia y a guisa de saludo se llevaba la diestra hasta la altura de los ojos para dejarla caer en actitud declamatoria. Para las gentes humildes tenía una indiferencia desdeñosa. "Las masas amorfas", murmuraba arriscando las narices. Tres cuadras antes de cruzar la frontera, contraesquina de donde se pone a gritar el jomudo con un enorme embudo que usa de corneta: "calzado bueno bonito y barato", oyó Lencho un comentario del Monón López, el greñudo sin oficio que se dedica con su pandilla a piroppear guapas y a insultar gente fea: "De qué zoológico pues se escapó este cabrón". Del Valle respondió mentalmente sin darse por aludido. "¡Ah chusma!, cuán huérfana de agricultura estáis". Dispuesto a pasar a Estados Unidos, Lencho se topó con un oficial de migración que parecía parido precisamente para ese oficio seriote e inquisitivo. Le revisó el pasaporte haciéndole docenas de preguntas. Que si de dónde era, qué hacía, dónde había nacido, que si le habían robado las canicas cuando niño, que si creía en Dios, que si había

nacido de nalguitas, que esto y que lo otro y que si fue y que si vino. Cuando terminó el interrogatorio Lencho se soltó con una andanada de su repertorio. Somos países mancomunados por fuertes cadenas de amistad, fundadas las conciencias proclives en los bebederos de la paz, libertad y justicia. Marchemos asidos de sendas manos por los senderos de las centurias, siempre soberanos. Como siempre que eructaba una retahíla de babosadas, Lencho suspiró emocionado, igual que hacen los políticos cuando discursen sus paparruchas, para dormirse a los pueblos hambrientos. El oficial lo vio alejarse, frunció el ceño tratando de explicarse lo que había oído. A los cinco minutos movió la cabeza y dibujó una sonrisa apenas perceptible. El senador en embrión llegó a gringúa caminando con el mismo cuidado meticuloso que los naturales, respetando las señales de tráfico con religiosidad, admirado del orden y pulcritud de sus "primos". Antes de entrar al supermercado donde compraría la carne de gallina contempló un cuadro verdaderamente curioso, por varios minutos. Un hombre de edad mediana, de un rubio transparente gritaba a todo pulmón con una biblia en la mano, se contorsionaba y se dejaba caer en el pavimento, de un brinco acrobático se ponía de pie, tornaba a gritar más fuerte con las venas del cuello hinchadas al máximo, el color le cambiaba del amarillo al guinda, arrojaba espuma por la boca y a cada treinta segundos mencionaba el infierno y si no a su presidente el diablo.

Entró al supermercado, inmediatamente compró diez libras de gallina, ordenó que se la cortaran en piezas, se la envolvieran en papel blanco y Lencho cargó con el preciado paquete, de regreso. Como al astuto le habían quedado unos dólares, entró por presunción a un bar de postín y pidió "whiskey on the rocks". Entendió que así no le duraría el dinero y salió. Cuando tomaba whiskey, le daba por hablar inglés sin saberlo igual que a muchos destrampados. El gesto de comprar gallina resultaba insólito, muy raro en su mecanismo mental de borrachales. Entró con su bulto de carne a uno de sus bebederos. Lo que hizo allí Lencho García y del Valle es digno de llamarse la más grande de las simplezas. Por lo pronto pidió una "parida": consistía ésta en una botella grande de cerveza y una copa de tequila. Si de por sí tenía la lengua floja, con el pisto se le soltó retozando en un valle

llos de sangre de las narices con las mangas de la camisa. Como estaba calvo, se había embarrado sangre en la pelonera y aparentaba herida de hachazo.

—Junta tu cochina comida, lárgate y no vuelvas, loco cabrón, ¡pronto! —El paquete en que traía la gallina estaba hecho tiras. Lencho se quitó la camisa rápidamente, para usarla como envoltorio. Prontamente empezó a juntar pedazos de carne por todos lados, con la corbata azulita zangoloteándole como cencerro. A gatas, desgredado, medio empeloto y sollozando, daba la apariencia de una bestia ultraterrena. Algunas piezas habían caído en los ceniceros, otras en el piso, un pernil estaba asomando de una escupidera, una pechuga tenía pintado un tacón. Recuperó unas siete libras, no buscó el resto porque miraba de soslayo la amenaza del cantinero, cuyo pie, bien lo sabía, era terriblemente doloroso. Hizo un bulto de lo que pudo juntar y corrió a la puerta temeroso. Sintiéndose a salvo de ahí les gritó con todos sus pulmones: "Ora si tenemos hombre, cabrones, puro pa'rriba y pa'delante, hijos de su chingada madre". Todos comentaban la increíble locura de Lencho, cuando para su mala suerte el cantinero sintió un impacto mero en el ojo derecho. Levantó el proyectil, ¡una pechuga de gallina!, a los minutos se le hinchó, por dentro se le relampagueó de hebras rojas.

Esa noche se banquetearon los hijos de Lencho García y del Valle. La mesa se adornó con una bandeja desportillada que contenía los trozos de gallina. Puesta a disposición de los escuincles, la atendieron con mucho esmero, sabiendo por amarga experiencia que tan venturoso suceso no volvería a repetirse en muchos años. Comían haciendo un ruido endemoniado. Solamente Chalito permanecía en un silencio extraño y apenas probaba la comida. La mamá le había puesto ropa seca sin planchar, sobre el pechito le había rellenado un bulto de hilachas para que no tosiera. Lloró el niño en la segunda pieza y allá fue la madre a darle de mamar. Lencho la tomó por la espalda mordisqueándole las orejas; sobre los gritos de la chamuchina hambrienta se oyeron los de la hembra asediada, primero renuentes, luego risas y bufidos en dúo trenzados con alaridos. Mientras el bebé lloraba en la cama lastimando los oídos, en el piso de tierra rodó el matrimonio gestando a la criatura que repondría a Chalito, el

de víboras. Miraba al cantinero y a los parroquianos con aire de superioridad, girando los ojos en señal hacia el bulto de carne de gallina que había colocado frente a él, sobre la barra, en lugar visible para todos. Insistía en señalar con la mirada el bulto para que le preguntaran qué había dentro; como nadie averiguó, inició su desvarío.

— Que la niñez se alimente, señores, la Revolución se bajó del caballo, nosotros en la hora suprema hemos bebido en las fuentes "fidelignas". Yo proclamo que una juventud que no come gallina, crecerá tullida, porque la gallina, ciudadanos, dará alas a las futuras generaciones. Yo acuso: aquel padre que no lleve en abundancia comida de ave volátil para sus hijos, ¡que la patria se lo demande!

A pesar de que a Lencho lo conocían hasta los perros, atrajo la curiosidad de los paisanos. El simple agujereó el paquete dejando asomar un ala. Miraba alrededor con una sonrisita desafiante, diciendo a grito de verdulera: "Esto comemos en nuestro hogar, señores, lo siento mucho si sus familias se mal nutren con puro frijolón". Rasgó más el bulto y sacó dos pernils, una pechuga y el hígado. Reía alegando: "y aún afirman los intereses inconfesables el padecimiento crónico de las masas del conglomerado. ¡Patria! ¡Masiosare! ¡Mexicano, tu consigna es votar!"

Cuando el cantinero y sus clientes acordaron ya Lencho había desparramado las diez libras de piezas de gallina a lo largo de la barra. El hombre hablantincaba febril, al tiempo que discursaba cuidaba de que nadie tocara la carne. No tardó en armarse el lío. Lencho se agarró a luchar con un viejo mugroso alegando que el tal había escondido un pescuezo bajo el sombrero. Como el viejo ya tenía las bisagras enmohecidas, vio llegar con reflejos tristes, sin poder evitarlo, un manotazo en la cabeza y un par de moquetes; al arrancarle Lencho el sombrero chamagoso, se le denunció el pescuezo enredado en los contados cabellos blancos que le restaban.

El cantinero se dio vuelta y tomando vuelo le dio tan tremendo puntapié en el trasero a Lencho, que cayó éste y quiso huir en cuatro patas; el cantinero alcanzó a asegurarle otro patadón de mula caliente en el mismo sitio. Lencho se hincó implorando a gritos que lo dejara recoger el alimento que su familia esperaba con tantas ansias.

En la confusión salió el viejo hambriento limpiándose los chorri-

En la soledad misteriosa busqué la huella de su mirada. Lo supe solo, como un niño que no habla, intuyendo fuego para formar mundos con sus manecitas, planetas y galaxias, alentando la vida con que se anima el barro, con el agua del color de la alborada. Quería que me dijera algo, ahora sé que Él crea la vida y que yo invento el lenguaje con que se habla. Sin embargo, me pierdo en la maraña de los vocabularios, los vocablos que aún no nacen del pensamiento duelen en su entraña. Me perdí en los arenales del Desierto de Sonora, buscándolo, para que me enseñara el lenguaje del silencio. Lo busqué para que me dijera lo que le preguntó a las estrellas. Sintiendo mi alma tan sola entre aquella superficie tan llena de arena y el cielo aquel tan tupido de luminarias, me ganó el sentimiento y lloré de ver en el desierto la patria soñada que me aceptaría en su regazo como una madre que ama y guarda por igual a todos sus hijos. Ya nunca más lastimaría mi alma con las espinas del desprecio y de la indiferencia, sería en el futuro un verdadero ciudadano que pide y recibe justicia. Me ganó la ilusión y vi en la cósmica soledad del desierto Sonora-Yuma la república que habitaríamos los espaldas mojadas, los indios sumidos en la desgracia y los chicanos esclavizados. Sería la nuestra, la "República de Mexicanos Escamecidos". De las dunas que se alzan simulando tumbas brotarían hogares, y la raza nómada con los pies llagados de siglos de peregrinación tendría por fin un techo nimbado de bienaventuranza. De la inmensidad de los arenales estériles nacería el pan como una gracia. Los lagos que a la distancia dibuja la magia, cual si sólo hubieran estado encantados por siglos, cobrarían de pronto la vida que los tomaría a la realidad del movimiento que anima a las fuentes y a los ríos. Castigados por los vientos tenebrosos que tuestan con crueldad de fogonazos, huirían las voces de los falsarios arrastrando tribunas de hipócritas que traicionan lo mismo el respeto de sus hijos, que el de sus abuelos. Me ganó la imaginación y vi en peregrinaje a muchos pueblos de indios hollados por la tortura del hambre y la humillación del despojo, recorrerían a la inversa antiguos caminos en busca del origen remoto. Llegaban mustios con el andar ceremonioso y el ademán ritual de seres que conocen la hondura de humanos secretos; llegaban a buscar la vida y el abrazo digno de los cementerios. Me ganó el entusiasmo del soñar despierto y vi que por las anchas puertas del erial entraban multitudes

cual en ese momento estaba ya encendido con el aliento fogoso de la muerte. En la madrugada, siendo como las tres en punto, Chalito habló por la vez postrera: preguntó que si estaba temblando el mundo. Cuando fueron a enterrar a Chalito, Lencho enloqueció por el dolor y la borrachera. Su llanto y sus voces lo semejaban a un toro de lidia que trae hundido un estoque. Su boca se volvió un desfile de las más increíbles tonterías. Gritó que vivía en una sociedad donde sólo los bribones prosperan, que las frases bonitas de falsarios sólo encubren realidades tristes, que el comercio de putas tenía vía libre. Lencho gritó a pulmón abierto que los jueces estaban cotizados en oro igual que las prostitutas. Las gentes miraban al borrachales lastimoso que había enronquecido de tanto gritar. Terminó abrazando la tumba de Chalito y le juró, como si así fuera a revivirlo, que en el futuro abominaría del asqueroso vicio del alcohol; le confiaba entre sollozos y temblores que sería un padre trabajador, lleno de ternura, que nunca, nunca les faltaría vestido ni qué comer. Se replegaba el borrachín a la tumba, llenándose la cara de lodo, con polvo que se batía con las lágrimas y el haberío que manaba de su lloradera. Esa misma tarde, en su inconciencia delirante, le prometió al muertito llevarlo de paseo a "Disneyland" y hubo un momento, antes de que cayera en el sueño de los briagos, en que rió feliz llamando al hijo ausente. Abelardo, hijo, ven, tengo algo que decirte. Muchas gentes que conocieron a Lencho García y del Valle afirman que no volvió a beber licor nunca más. Que se volvió taciturno y triste; trabajó en lo que podía hacer, tareas humildes. Pero otros afirman que después del juramento bebió poco porque se la pasaba en la cárcel. Principalmente porque se había cambiado al partido de oposición y con su nuevo credo gritaba tales cosas que no tardaban en encerrarlo.

*Caí en las llanadas que dividen la frontera como en un mundo de nadie. En el desierto, virgen de la voluntad del creativo, se colaron entre las polvaredas mis voces pronunciadas. Se tenía el cielo con un viento negro que revestía a las dunas con capas de arena pálida. Volteaba a ver los pasos ceñidos, y ya habían desaparecido. A toda invocación sólo respondía la nada con sus campanarios muertos. Y fui dios escribiendo páginas en el viento, para que volaran mis palabras.*